

**Borja Rodríguez Gutiérrez, *Vida y poesía de Ernesto García Ladevese*. Castro Urdiales, Ayuntamiento de Castro Urdiales, 2007, 249 págs.**

La vida de Ernesto García Ladevese (1850-1914) es una de esas apasionantes «vidas románticas del siglo XIX», que evoca la del Eugenio de Aviraneta novelada por Baroja; y el autor de esta edición y estudio da un detallado trasfondo político de la complicada historia de la España del tiempo, sin el cual no podrían entenderse ni la alborotada vida ni la obra literaria del autor y político castreño, hombre idealista y sincero, y conspirador apasionado que dedicó su vida a una idea. De sus experiencias revolucionarias, conspiraciones republicanas y exilio quedan dos libros, *Fuera de la patria* y *Memorias de un emigrado*, en los que recogió sus recuerdos.

García Ladevese apenas es conocido en su patria chica, y no es de extrañar pues, además de haber vivido y escrito en Madrid, entre la gente de letras del Santander de su época predominaba una ideología diametralmente opuesta a la suya. Paradójicamente, y al contrario de lo que suele suceder en otros casos, el nombre de Ladevese figura a nivel nacional entre los de los autores más destacados de novelas del género folletinesco, llamado «social», «socialista» o «de costumbres contemporáneas». Al igual que su correligionario Ayguals de Izco, tuvo las mismas ideas políticas que el popularísimo Eugene Sue (1804-1857), el autor de *Le juif errant (1844-1845)* y de *Les mystères de Paris (1842-1843)*, de quien fue admirador y epígono. De hecho, la influencia de Sue fue desbordante en toda Europa hasta principios del siglo XX y, sin salir de España, además de *Los misterios de Madrid (1910)* de Ladevese, proliferaron los «Misterios» de todo género. Como es sabido, estas novelas fueron también adaptadas a la escena en melodramas que tuvieron gran aceptación popular. Ladevese figura sin duda entre los folletinistas españoles más destacados y, además de *Los misterios de Madrid*, fue autor de varias otras novelas folletinescas.

En el presente libro, y en su documentado estudio, Borja Rodríguez examina el aspecto menos conocido de la obra literaria de Ladevese, que es el de su poesía lírica, escrita entre los diez y seis y los veinte años, y recoge y edita los textos, tan difíciles de hallar hoy, de *Baladas y Cantares (1867)*, *Fuego y cenizas (1868)*, *Meditaciones (1869)*, y *Olas del mar (1870)*.

En ellos, y como todo poeta joven, Ladevese va en búsqueda de un camino poético y de una voz propia y, a la vez, se advierte la influencia de sus primeras lecturas. Borja Rodríguez reproduce unos versos suyos titulados «Recuerdos» (6-8) de factura impecablemente becqueriana que delatarían a su autor como un devoto seguidor del autor de las *Rimas*. Pero tal conclusión resulta equivocada pues tales versos están fechados en 1868, cuando éste último, dedicado a escribir para los periódicos, todavía no se había dado a conocer como poeta. Y Rodríguez, a mi parecer muy atinadamente, no considera a Ladevese como un precursor de Bécquer, sino como un ejemplo de que «el intimismo poético de la segunda mitad del siglo XIX era un movimiento literario y no la obra de una sola persona» (12). Y a mayor abundamiento, cita el caso de Fernando Iglesias Figueroa, un oscuro poeta de aquel tiempo, autor del libro *Unas páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer* en el que introdujo, sin despertar sospechas, dos rimas, dos leyendas, y otros papeles escritos por él, como si fueran del mismo Bécquer.

*Baladas y Cantares* apareció cuando su autor tenía 16 años y, según el prólogo, era lector entusiasta, como los demás jóvenes de su generación, de autores como Espronceda, Martínez de la Rosa, Francisco Zea y el Vicente Barrantes de las *Baladas Españolas*, un

género literario llegado de Alemania, muy en boga entonces entre nuestros poetas. Destaca el carácter genuinamente popular de los *Cantares* del joven castreño, en los que predominan los temas amorosos y melancólicamente sentenciosos. *Fuego y cenizas*, de tono pesimista y fúnebre, revela una fuerte influencia del Espronceda solitario y decepcionado de «A Jarifa en una orgía».

En cambio, *Meditaciones*, publicado en 1869, acusa la huella profunda de Campoamor y fue, a juzgar por lo que escribió el mismo poeta en el prólogo a *Olas del mar* (1870), bastante mal recibido. Aparte de la evidente mediocridad del libro, Rodríguez se pregunta si motivaría tales ataques una poesía titulada «La redención» en la que Cristo aparece «casi como un mártir republicano» (54).

*Olas del mar* supone un regreso a los temas populares del primer libro y al pesimismo de *Fuego y cenizas*. Es una obra de despedida pues su autor, decepcionado como poeta y dedicado ya a las tareas revolucionarias, escribe que «Abandona la época de los sentimientos soñados y entra en la época de los sentimientos sentidos» (56). *Olas*, en fin, tiene especial interés por cantar a la bravía mar norteña y a Castro Urdiales, su tierra natal.

De la lectura de estos cuatro breves libros de versos se puede considerar a Ernesto García Ladevese como un joven sensible con una formación literaria propia de los tiempos en que le tocó vivir, en la que él y sus contemporáneos fueron influídos por los románticos y después por la nueva escuela de poesía intimista que llegaba de Alemania, y de la que Gustavo Adolfo Bécquer fue el más ilustre representante.

Hay que agradecer al profesor Borja Rodríguez el excelente estudio y la cuidada edición de este libro, que pone al alcance del público lector la obra de un poeta cántabro casi desconocido. Y quiero mencionar también el acierto de incluir en la cubierta del libro, a todo color, la reproducción del bello cuadro *Miranda. La tempestá*, del pre-rafaelita tardío inglés John William Waterhouse (1849-1917), que fue contemporáneo de Ladevese, pues tanto Miranda como el paisaje marino evocan las adolescentes heroínas y las alborotadas aguas del Cantábrico, tan presentes en los versos del poeta castreño.

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA  
THE OHIO STATE UNIVERSITY